

» res del gobierno, mas bien que por el progreso general de la inteligencia; todos sabian lo que se debía echar abajo, nadie lo que era preciso establecer. » En realidad, la Francia de 1789 constituyó una Asamblea que promulgó leyes de orden administrativo, judicial y fiscal que no perecerán nunca, pero no supo establecer un gobierno que reformase la sociedad civil. Llamada á dirigir en aquella tormenta, no podia contenerla, ménos dominarla, ni siquiera llegó á comprenderla.

Al disolverse la Asamblea, la Revolucion estaba hecha, esto es, destruido todo lo que se desaprobaba del antiguo sistema; pero tantas novedades dañaban á muchos, y el edificio hallábase erigido sobre un imposible.

La Monarquía quedaba debilitada con haber suprimido los parlamentos, que eran el intermedio entre aquella y el pueblo, parte del clero habia aceptado el cisma haciendo causa comun con la Revolucion, quedando así desacreditado para con el pueblo, mientras que los demas eran perseguidos, y hallábanse expuestos al odio y á la desconfianza de aquellos que engañan al pueblo.

Emigrando los nobles, se habian hecho hostiles, y con la imprudencia acostumbrada de todos los emigrados, comprometian al rey.

El ejército estaba desorganizado á causa de la emigracion de los oficiales nobles y de la insubordinacion del elemento nuevo. La guardia nacional no adquiria fuerza, como debiera hacerlo, por tener un único jefe, puesto que se cambiaban todos los meses los que mandaban las legiones, por manera que el principio de autoridad no tenia raíces.

Desarmadas é impotentes las autoridades superiores, toda fuerza quedaba sometida á la municipal, la cual, con las reuniones públicas, era por decirlo así la esclava de un auditorio de la peor especie.

Con el último acto de abnegacion, que consistió en impedir las reelecciones, quedó la Asamblea Legislativa con gente nueva y bisona, con personas desconocidas, sin ideas ni precedentes políticos; por lo cual, no habiendo coherencia de ideas ni de voluntad, se exageraban las medidas, prevaleciendo los hombres atrevidos por su propia audacia, secundados por la plaza pública. Las secciones electorales, que debian disolverse, son declaradas permanentes, que era el medio mas seguro de establecer la anarquía; no se atrevieron á enfrenar la prensa, y por consiguiente los periodistas, tanto por su número como por la violencia que desplegaban, todo lo confundian; mientras que no atreviéndose tampoco á contener la virulencia de los clubs, bien pronto el de los Jacobinos dominó la Francia por medio de sus cuatrocientas sociedades secretas.

XXIV

Y ahora, si volvemos con la mente, y dirigimos nuestras miradas á las comisiones dadas á los primeros diputados, y aunque en ellas se anunciaban todas las reformas pedidas despues por la Revolucion, con las mismas frases de que esta se valiera para derrocar la sociedad, está demostrado que los electores, esto es, la nacion, no ha querido nunca proclamar el derecho á la insurreccion, destruyendo todo lo antiguo.

El saber cómo despues de aquel acuerdo del rey con los súbditos y de estos entre sí (1) se haya llegado al degüello mas feroz, y al desquiciamiento de la sociedad entera, podrán explicarlo finalmente aquellos que observen las vicisitudes de la Revolucion italiana; y verán cuánta enemistad se profesa hoy hácia la libertad, á nombre de aquella libertad de 1789; y cómo se quiere siempre ir aumentando la fuerza y el poder del gobierno, la centralizacion de las administraciones, el aniquilamiento de los hábitos y costumbres, de las tradiciones y del hombre.

Viendo así extraviada la libertad, algunos se disgustaron de ella, mirándola casi como una utopia imposible, ó un engaño de gente astuta y de escamoteadores; por lo que quedó sofocado el sentimiento mas noble de nuestra edad, renegando la Revolucion esa misma libertad en cuyo nombre se habia hecho.

A pesar de todo esto, el espectáculo de aquella Revolucion es muy instructivo. Se celebran fiestas, otro instrumento revolucionario, en las que la plebe se embriaga de iracundos goces. Habiéndose amotinado algunos Suizos por cuestion de sueldo, fué preciso domarlos por fuerza, matando cuarenta oficiales y cuatrocientos soldados. Los reos condenados á presidio, los pone en libertad una amnistia general; el pueblo hace una gran fiesta con este motivo, llevándose así en triunfo al delito. Collet d'Herbois tomó la iniciativa; Robespierre la alabó mucho; Marat y Hebert hicieron otro tanto en sus periódicos; Petion, síndico de Paris, la tomó bajo su proteccion; todo fué algazara, bailes, juegos y diversiones, que terminaban como siempre en imprecaciones, insultos y amenazas.

Petion, un tunante de mala ralea, una de aquellas muchas medianías que los torbellinos revolucionarios suelen presentar en la escena, nombrado síndico por la intriga y la prepotencia de los clubs, estaba siempre presente para prepararlo todo, permitirlo y regularizarlo á su manera. Este hombre, traidor como Júdas, sin voluntad propia ni carácter como Pilátos, infatuado de sí mismo, adula bajamente al pue-

(1) Los nobles de Paris en 1789 hicieron acuñar una medalla al rey con esta inscripcion: *LEGI REGIQUE FIDELIS.*

blo; nada le dice cuando, conducido por la hez, invade la Asamblea y la mansion régia; encuentra muy natural y gracioso que la turba desenechada coloque el gorro frigio sobre la plácida cabeza de Luis XVI; y luego al dar cuenta á este de aquel obscuro y brutal espectáculo, dícele: « Señor, el pueblo de Paris tiene el derecho de hacer observaciones. Está ahora tranquilo y satisfecho. »

Estas adulaciones á la plebe, estas vergonzosas concesiones, esta cobarde resignacion á los desvíos y deslices populares, da aliento y estimulan á los malvados para llegar á los horribles excesos de la Convencion; los esfuerzos de algunos de la derecha sucumben á la violencia de la izquierda y á la apatía de los mas; y la Revolucion, avanzando aun mas de lo que hubieran querido ni previsto Mirabeau ni Barnave, arranca la corona al Capeto, esperando el dia no muy lejano en que pueda cortarle la cabeza.

Entónces el furor reemplaza la esperanza; un frenesí de destruccion, una soberbia obstinacion en medio de continuas incertidumbres; los imprudentes, los locos, se hacen despóticos é intolerantes, tanto y aun mas que los papas y los reyes que destronaban; solo queda como infalible la guillotina, invocando por medio de ella justicia, libertad y razon; hablan á nombre del género humano, y la gran Revolucion queda corrompida y gangrenada, despojada de todo principio moral, y digna de ser calificada « el delito que tuvo mayor número de cómplices. »

Entónces se ponen en campaña para reclutar nueva gente relajada y sanguinaria, que hace poco se habia querido trasformar en héroes: un Camilo Desmoulins, ficticio en la piedad como en el furor, en su ternura para con su mujer como en proveer víctimas á la guillotina; engañado ó engañador, que con el insulto y la provocacion disimula su cobarde miedo: Marat, inexorable consigo mismo como lo era con los demas, que no hace otra cosa que denunciar, concentrando en su rabia los rencores y las venganzas de todos, para hacerse el órgano público de un terror que á duras penas alcanza un delincuente entre mil inocentes que inmolaba sin sombra de piedad; y en fin Robespierre, la envidia encarnada, el monstruo sediento de sangre humana, que hace cortar á centenares las cabezas, para que triunfe la idea, la abstracion y la virtud, como él la entiende.

Estos y otros pocos crecen y toman proporciones gigantescas por su iniquidad, pero la mayor parte de los héroes son vulgares como los que recitan en el teatro.

El tribunal revolucionario juzgó en los primeros once meses 783 acusados, de los cuales 380 los condenó á muerte; en los tres siguientes meses juzgó 1,115, de los cuales condenó á muerte 844; y luego en seis semanas mandó á la guillotina 1,456, de 1,777 que juzgó.

Este odioso y cruel tribunal era el gran canal adonde arrastraban á todas las víctimas antes de sacrificarlas, sin compasion y sin distincion de colores. La igualdad en Francia principió con la guillotina. El puñal de Carlota Corday sustrajo de este tribunal á Marat. Los Girondinos perecieron casi con entusiasmo; la muerte valerosa y prematura y los talentos de algunos de ellos causaron profundo sentimiento. Unos cuantos quisieron defenderse haciendo así el honor al tribunal de creer que no los hubiese ya condenado de antemano. Aquí fué conducida para luego subir al cadalso María Antonieta, despues de un año de martirio en la cárcel, cuya acta infame de acusacion causa horror á todas las madres; aquí Isabel, sin ofuscarse de la obscena pretension de Petion; aquí la Roland y Felipe de Orleans, Danton y Desmoulins; aquí los generales Luckner, Custines, Houchard, Westermann, terribles para con los de la Vandée, todos perecieron como el piadoso sacerdote Fenelon, como las niñas de Verdun, como el químico Lavoisier, como el ilustre abogado Malesherbes, y los poetas Roucher y Chenier. De doce mil víctimas, ménos de tres mil pertenecian á la nobleza, al clero y á la clase rica; cerca de mil doscientas á la clase média, y el resto á la clase baja.

¿ Pero era por ventura el pueblo el que invadiera el palacio de Versalles, el que degollaba los Carmelitas en la cárcel, el que hacia la carnicería de setiembre, y el que llevaba á cabo todos los horrores del terrorismo? Era la trama de doce tiranos apénas, ejecutada por algunos asesinos pagados.

Los horrores de Paris no selimitaban á aquella ciudad solo, sino que se repetian en las demas de toda la Francia. Ciento cuarenta y tres tribunales revolucionarios idénticos operaban de la misma manera en los departamentos, entre los cuales solo el de Lyon pronunció 1,682 sentencias de muerte, desde diciembre al mes de abril: 209 en una sola sesion. En Nántes, bajo el proconsulado de Carrier, se quitaron 4,000 vidas, segun él mismo confesó. Pero quedaban aun de 400 á 500 niños de toda edad, y un tal Tomas obtuvo el permiso de tomar dos de ellos, exhortando á sus amigos á que hiciesen otro tanto; pero cuando fueron á entregarse de estos inocentes, les dijeron que todos los habian arrojado al rio. Y no contentándose con matar, ordenábanse fiestas y regocijos, y decretáronse banquetes públicos, en donde los amos debian sentarse al lado de sus criados, y las mujeres con los titulados jueces que las habian dejado viudas... ¿ Hubiera podido asistir y sentarse Mirabeau en semejantes banquetes de grosera, insultante y brutal igualdad?

¡ Santa libertad! ¡ en vano nos querrán hacer creer tus adoradores meretrices, que semejantes medios eran necesarios para que triunfases!

Persuadido ya el pueblo de que no hacia mas que cambiar de tiranos, se manifestaba indi-

ferente, como el labrador que ve venir el granizo que aniquila su cosecha.

XXV

Quando el infeliz Luis XVI pasó bajo la cuchilla de la guillotina, se encontraron en el armario de hierro, como hemos dicho, los pactos que había estipulado Mirabeau con la corte. Al saberse esto, principiaron las imprecaciones contra el *hombre grande* que habían divinizado antes; decretase el destierro del difunto; arrancan sus huesos del Panteon, y en su lugar ponen los del hidrófobo Marat. El *Monitor* contenía estas líneas: «Mientras baja el carro fúnebre el féretro de Marat, arrojanse fuera del templo, por una puerta lateral, los restos impuros del realista Mirabeau.» Esto sucedía en 12 de setiembre de 1794; en febrero de 1795 Marat, ó sus restos, fueron arrastrados y arrojados á una cloaca; sus bustos, que aparecían en todos los teatros, son echados abajo, colocando en su lugar los de J. J. Rousseau; y en fin, el Panteon vuelve á ser la iglesia de Dios por un decreto.

La Revolución marcha, y poco á poco va descubriendo, bajo la máscara de la democracia, su fisonomía nauseabunda ó terrible. Destruídas que hubo las instituciones políticas, hiere las civiles; cambiadas las leyes, cambia también los hábitos y costumbres, y hasta la lengua; roto el edificio del gobierno, socava los cimientos de la sociedad; y por último, declara la guerra al mismo Dios, despues de haber principiado invocándole. Luego, cual una caldera hirviendo, se desborda, é inunda los países vecinos, con inusitados métodos, con nueva táctica, con profundo desprecio de la vida de los Franceses, de los derechos, pactos y tratados, se hace la propagadora de máximas sanguinarias, de opiniones armadas; aterra con ellas, allana los linderos de las nacionalidades, de los Estados, de los pueblos, engañando á unos y atrayendo á otros á su causa. Un brazo de hierro detiene aquel carro que magullaba la humanidad por donde pasaba: el triunfo de la demagogia lleva en sí el del absolutismo.

Se da la gloria á la Revolución francesa de haber planteado los progresos del derecho; pero en realidad la época de 1789 había inspirado tal terror que se pasó de un salto, por decirlo así, del terrorismo al imperialismo. Napoleón, heredero de Mirabeau, dióse á poner orden en lo que la Revolución había desordenado, y elevase al supremo grado del poder humano, para ser echado abajo, y vuelto á elevar en seguida. En 1815 se busca un medio de reparar los males y la corriente de ideas volviendo hácia la democracia; los reyes hacen cuanto pueden para consolidar los derechos nacionales contra las agresiones francesas, pero también quisieron consolidar sus propios dere-

chos contra sus súbditos. El espectro de Robespierre y el de Napoleón hacen que se sacrifique la libertad. La estirpe de los Capetos, á la cual habíase jurado odio eterno, vuelve á ser recibida con entusiasmo, regalando á la Francia despues de veinticinco años aquella misma constitucion que Mirabeau no había querido admitir; regalábase sí, pero despues de haberse derramado torrentes de sangre en el cadalso y en los campos de batalla; despues de haber perecido toda la generacion que había esperado, temblado, trabajado y sufrido; y despues que los partidos se habían disputado con las armas en la mano, y á sabiendas, el derecho de destruirse. Luego vémosla derribada á tiros y á pedradas, para poner en su lugar al hijo de aquel Felipe de Orleans cuyo título de Igualdad no le salvó de la guillotina, aceptando esta nueva dinastia la mayor parte de los principios de la Asamblea nacional, que tampoco le salvarán.

Vino despues la moda en los escritores de justificarlo todo; quién disculpó hasta los mismos hechos, porque eran necesarios para conquistar las grandes libertades que hoy gozamos; quién los hombres que obraron, aunque hayan contribuido directa ó indirectamente á que se cometiesen delitos, ora que la fuerza de las cosas, ó la resistencia los llevase hasta allí, disculpas por las cuales se justificaría hasta el asesinato de la calle ó del camino real, porque al perpetrar su crimen encontró inesperada resistencia en su víctima.

Con estas miserables ideas, hasta el libro se resintió, ó mas bien cayó en los desvaríos y bajezas del periódico, pero nosotros no nos creemos condenados al triste oficio de sostener la superioridad del derecho nuevo, ni menos ser partícipes, ni responder de los excesos que cometió al hacer la primera comparsa.

La verdad es que la Francia quiso desde el principio lo que siempre buscó, lo que aun busca en el día, y que nunca pudo alcanzar, esto es, derecho reconocido, no concedido; ley deliberada, no impuesta, y autoridad delegada.

Mientras en el siglo XVII se decía: «El rey representa la nacion entera, y todo hombre pertenece hasta cierto punto al monarca; de lo que se sigue, que todo poder y autoridad residen en las manos del rey, y no se puede hacer mas que lo que él ordene,» el siglo XVIII por boca de Mirabeau decía: «El derecho de la soberanía reside únicamente en el pueblo, y ninguno tiene el derecho de obligarle á obedecer otras leyes que las que él hace, ó que voluntariamente ha consentido.»

Esta fórmula está expresada en todos los mandatos. Los filósofos la habían anunciado ya; la Revolución americana y la práctica inglesa han mostrado el mecanismo; los parlamentos abdicaron tan solo el poder usurpado; los notables confiesan su impotencia; las asambleas provinciales solo se reúnen para verificar la unanimidad del voto nacional; los ministros se

inclinan delante de la majestad del pueblo soberano; el rey convoca los Estados Generales. Todo lo antiguo pasaba por la arbitrariedad: exactamente lo contrario de lo que era justo.

XXVI

Aquí concluimos con una palabra á los que buscan el monopolio de la popularidad.

Viéndose Luis XVI aplaudido al principio de su reinado, se enebrió con los suaves aromas de esta bebida traidora, al punto que, embarazado en los casos difíciles, decía: «Yo sé que la cosa no va bien; pero lo que quiero sobre todo es ser amado.» Y la condescendencia en ideas que no creía buenas, le llevó al patíbulo.

Todos los miembros de la Asamblea nacional creyeron deber ponerse en zancos para ser vistos de la nacion, y mientras que solo habían sido elegidos para restaurar el orden, fomentaron una revolucion que no debía tardar en ahogarlos. Mirabeau no pudo resistir al deseo de ganar la aureola popular. Mas que á su patria y mas que á sí mismo, pensaba en las galerías de la Asamblea, en donde se despertaban las pasiones, y se arrulla la conciencia; quizá sin pensar que así abría el paso á aquellos que, malos por instinto, y envidiosos por naturaleza, despues de hacer naufragar la Monarquía por medio de la rebelion, ahogaron la libertad á fuerza de anarquía, asesinaron en nombre de la fraternidad, é hicieron que la esclavitud se mirase como un remedio necesario; pues la libertad está en el fondo de las ideas de 1789, pero el odio de la libertad está en el fondo de la Revolución, intolerante de todo lo que ella no dicta. Y en efecto, así como los reyes habían dicho *El Estado soy yo*, los diputados dijeron *La Revolución soy yo*; luego dijo Robespierre *La libertad es el despotismo de la razon, y la razon es lo que yo mando y la junta de salvacion pública, si no la guillotina.*

Y con todo es de notar que ninguna idea justa de las que nacieron entonces murió; antes por el contrario, sobrevivieron al despotismo imperial; crecen al lado de las constituciones; se curvan, pero no se rompen bajo la violencia del estado de sitio, ni bajo los sofismas de los pontífices de la fuerza, ni de aquellos que quisieran hacer doblegar lo pasado como lo porvenir á los caprichos de su inconstancia; y van preparando una época de concordia y unidad, en la cual ya no serán necesarios ni Mirabeau ni Napoleones. Solo se pide uno que reedifique, que reduzca aquellas ideas á

realidad; que no especule sobre la ignorancia y los malos instintos; que cese la incertidumbre de las tentativas, para dirigir en adelante la obra de la regeneracion y la consolidacion de aquella democracia, que consiste en asegurar á todo hombre el uso y goce de sus derechos personales verdaderos, pero que contribuya también al mantenimiento de la seguridad en proporcion de sus propios intereses, y que la Providencia le auxilie y coadyuve á aquella union de las clases que ella va efectuando poco á poco al hacer descender hasta las mas humildes los conocimientos, la razon, la prevision y la moralidad. Lo que sabemos de cierto es, que esta restauracion puede hacerse solamente en las ideas, y nunca por medio de la violencia, de egoístas reacciones, ni repudiando la obra del tiempo y las seculares adquisiciones de la libertad y de la civilizacion. Astrea huyó al cielo, y solo de allí podrá venir (1).

(1) Además de las historias de la Revolución, véanse: GRANIER DE CASSAGNAC, *Hist. des causes de la Révolution française.*

ALEX. DE TOCQUEVILLE, *L'ancien régime et la Révolution, DE SAINT ALLAIS, L'ancienne France.* Paris, 1833. PAUL BOITEAU, *Etat de la France au 1789.* Paris, 1864. CH. L. CHASSIN, *Le Génie de la Révolution.* Paris, 1863. El primer tomo comprende *Les Elections de 1789.*

BAUDOT, *La France avant la Révolution.* Paris, 1841. FR. GRILLE, *Introduction aux Mémoires sur la Révolution française, ou tableau comparatif des mandats et pouvoirs donnés par les provinces à leurs députés aux états généraux.* Paris, 1828.

H. CARNOT, *Révolution française. Période de Création 1789-1792.* Paris, 1867. Y los muchos escritos muy recientes sobre María Antonieta, y su correspondencia.

MEJAN, *Collection complète des travaux de M. Mirabeau, l'aîné de l'Assemblée nationale.* Paris, 1791.

ETIENNE DUMONT, *Souvenir sur Mirabeau, et sur les deux premières Assemblées législatives.* Bruxelles, 1832.

Mémoires biographiques, littéraires et politiques de Mirabeau, écrits par lui-même, son père, son oncle, et son fils adoptif (Lucas de Montigny), 1841, 9 vol.; obra de gran trabajo, pero difusa, desaliñada, y sin crítica. Montigny hubiera podido hacerla muy útil, publicando la coleccion de las cartas que la familia de aquel puso en sus manos; pero él suprimió, omitió y traspuso, de modo que le quitó el interés y el valor.

VICTOR HUGO, *Mirabeau.* Droz, *Mirabeau et l'Assemblée constituante (app. à l'Hist. du règne de Louis XVI).* Paris, 1842. Principia por el problema: *Mirabeau seul homme de génie qu'il eût vu apparaître la Révolution de 1788, serait-il parvenu à raffermir la monarchie sur les bases d'une constitution libre, si la mort ne l'eût arrêté au milieu de sa carrière? Ce doute suffirait pour révéler en lui une puissance extraordinaire.*

Sumamente importante es la *Correspondance entre le comte de Mirabeau et le comte de Lamark pendant les années 1789-90-91, recueillie par DE BECOURT.* Paris, 1864.

Mirabeau, sine Lebensgeschichte von FRANZ ERNETZ PIPITZ, 1850, 2 vol.

MAC AULAY, *Ensayo sobre Mirabeau.* TEODORO MUNT, *Graf von Mirabeau.* Berlin, 1858. Trata en especialidad de su residencia en Alemania.

A. VERMOREL, *Mirabeau, sa vie, ses opinions et ses discours,* 3 pequeños volúmenes. Paris, 1865.